

hubiésemos comprendido la gloria como la pinta y retrata el Espíritu divino por la boca de Salomón! Su vida entónces y su gloria se habrían evaporado sobre esa tumba, y mis alabanzas se perderían en el desierto, como los fugaces brillos de la vanidad en las tinieblas del sepulcro. Pero no es así. Predestinado por la gracia para edificar con las lecciones y los ejemplos de una verdadera sabiduría, el Sr. PORTUGAL sorprendió el desengaño en su corazón desde la mañana de la vida. Mas instruido en la ciencia de salvarse que en el arte de distinguirse, sabía muy bien el uso que debía hacer de las grandezas de este mundo, y comprendía la eterna subordinación en que Dios ha querido colocar los atributos de la gloria.

No estaba en su mano, bien lo sabéis, desprenderse de la luz que le rodeaba por todas partes. Por una razón contraria, la gloria sigue al géneo y á la virtud, como la sombra sigue al cuerpo. Tembló delante de su fama; entraba en alarmas continuas al contemplar su influencia; agotaba los recursos para contrabalancear los espléndidos homenajes que á cada paso se le ofrecían: su deber, desarrollando esa acción maravillosa que tiene tan pocos imitadores, daba un incremento continuo á su grande reputación, y su conciencia, siempre al frente de la eternidad, parecía convertir en tormento lo que otros codician para su corazón cuando persiguen la gloria. Estudiaba sin cesar sus propios defectos, observaba escrupulosamente su limitación, retiraba suavemente cuanto pudiera lisonjear su amor propio, y se afirmaba, como una inmensa estatua de bronce, sobre el cimiento de la mas humilde abnegación, para sostenerse á la vista de su propia celebridad. Inoculó para siempre la gratitud en el corazón de sus conciudadanos, porque amaba al prójimo como á sí mismo; pero cerró siempre las puertas del suyo al concepto elevado, á la constante admiración que producía y á los tributos eminentes y espontáneos que se le prodigaban, porque nunca quiso ver al hombre en la grandeza, porque amaba á Dios sobre todas las cosas; y ya que no le era posible renunciar á la celebridad, sorprendiendo el secreto de hacerla sólida, quiso incorporarse todo en las glorias inmortales de la virtud. A cada triunfo un sacrificio, á cada homenaje de la tierra una oblación al cielo, á cada rayo de gloria una secreta confusión: he aquí su admirable táctica, para sostener con vigor y con buen éxito esa no interrumpida contienda que la humanidad sufre, durante su travesía por la vida, entre los sentidos y el espíritu, entre la religión y el mundo, entre la gracia y la naturaleza, entre la virtud y la gloria.

¡Oh, si me fuera dado analizar aquí, para edificaros con su misma grandeza, todos los eminentes caracteres de su carrera social,

seguir uno por uno todos sus triunfos en las grandes vicisitudes de la política, para mostraros en el gran principio que gobierna la acción del cristianismo la fuente de la prosperidad pública, el agente supremo de la civilización y el timbre católico del verdadero ciudadano! Mas yo debo llamar las glorias del Sr. PORTUGAL á la región de los sentimientos mas íntimos de todos los michoacanos, encarecer su preciosa vida en sus relaciones vastísimas con esta Santa Iglesia de Michoacan y toda la Iglesia mexicana, distraeros del ciudadano al Pontífice, para que observéis la gloria de Dios en el todo mas completo; trazaros el cuadro magnífico de sus virtudes apostólicas; y para ceñirme á una sola palabra, mostrar las glorias del episcopado en el genio y las virtudes de nuestro último Pontífice, dejando correr por todo este respetable auditorio el perdurable lustre de una institución sublime que ha domado la barbarie, creado la civilización moderna, garantido las leyes, conservado el culto, depurado los principios, vindicado la fe, extendido la esperanza estrechando los vínculos del amor, desarmado al cielo y santificado la tierra.

## SEGUNDA PARTE.

Hai, católicos, un estado cuyos caracteres elevan al hombre sobre las primeras cumbres de la tierra, para difundir la luz que purifica y enriquece la inteligencia, y el valor que forma las grandes virtudes, regir la conducta de los pueblos y enderezar al goce pleno de la mas alta ventura la siempre difícil y turbulenta marcha de toda la humanidad: un estado de misterio, por explicarme así, en que se personaliza la sublime alianza entre los cielos y la tierra; un estado que resume cuanto los otros tienen de expansivo, benéfico y fecundo, y en que un solo ministro, tomando á su cargo la suerte y la felicidad de todos los hombres, no lleva el nombre de *padre* y de *pastor*, sino porque á él toca por derecho difundir todas las luces, impedir todos los males, producir todos los bienes, enjugar todas las lágrimas, formar todas las virtudes y expedir el diploma decisivo para la eternidad: un estado, por último, que afirma el poder, santifica la obediencia, conserva la moral, enseña la verdad, patrocina la virtud, consolida la grandeza y diviniza la gloria; en que el hombre ha llegado á reunir en un solo punto los intereses de Dios, los de sí mismo y los de todo el género humano, y en que no parece morir para el mundo, sino á fin de conquistar la inmortalidad de los cielos.

El hombre llamado á un estado tan sublime es depositario de un tesoro inestimable, y cuenta con una fuerza y un poder irresistibles. Él posee la sabiduría, practica la prudencia, enfrena las pasiones, concierta los atributos de la inteligencia con las cualidades del corazón, se incorpora en la felicidad que él mismo produce, y ante la imágen siempre viva y siempre fuerte de la virtud disipa las tinieblas de los sepulcros y humilla el poder indómito de la muerte. Colocado entre lo pasado y lo futuro, piensa con la razón de los sábios que le han precedido, y mira con la vista de los profetas que maneja sin cesar: abriga en su corazón las lecciones de los varones ilustres, revisa cuanto hai de grande, útil ó pernicioso entre todos los hombres y en todos los países de la tierra: otorga todos los días las primicias de su pensamiento al autor de su ser, y baja de los cielos con su oracion continua y fervorosa el espíritu de inteligencia, que luego esparce como la lluvia, con las máximas sublimes de la sabiduría, sobre el espíritu de los pueblos: toma las alturas para distribuir la doctrina que enriquece su alma, y cifra toda su gloria en meditar y exponer de continuo la lei que no tuvo principio, el gran Testamento del Señor.

Ved con qué caracteres tan sublimes se ostenta en su palabra la sabiduría, y de qué modo tan diverso recoge y distribuye los rayos de la gloria: la celebridad le sorprende en su pacífico retiro, y mientras él deplora sus tinieblas, los hombres admiran su genio: la generacion con quien vive recoge su sabiduría, como un tesoro inapreciable que lega sin menoscabo á las generaciones que vienen. No temáis que perezca su memoria, porque las naciones pregonarán sus virtudes ilustres, y la Iglesia toda celebrará sus alabanzas: no os alarméis al contemplar esa sublime abnegacion en que se coloca, ni receléis tampoco que llegue á quedar desierta su tumba; porque "durante su vida, dice el Eclesiástico, tendrá mas nombradía que mil otros, y cuando le llegue su hora entrará sin inquietud en la carrera misteriosa de la eternidad."<sup>1</sup>

Tales son, católicos, los datos verdaderos y únicos que el Espíritu Santo me suministra para comprender y estimar la verdadera gloria, y es muy grato para mí haber sorprendido vuestro corazón con un retrato que tiene una imágen en cada uno de los que me escuchan. Yo no he temido hacer esta pintura para daros el antecedente instructivo que debe prepararos á presenciar el cuadro de este modelo que ha quedado en la Santa Iglesia de Michoacan, para la perfeccion del sacerdocio, sobre el respetable sepulcro de nuestro

<sup>1</sup> Ececl. cap. XXIX, v. 13.

digno Prelado. Dios ha querido, sin duda, que quedase ahí en pie para su gloria y nuestro ejemplo, y me ha destinado á mí para que sea su intérprete delante de vosotros, explicando lo que quiere de sus ministros con solo referir lo que ha hecho el venerable Pontífice de quien hablo.

Grave, modesto, recogido, obediente, piadoso en suma: tal se me representa este hombre cuando corrieron los bellos días de su infancia, dando á esta primera época de la vida cuanto concederla podia la virtud y el juicio, y rehusándola con firmeza muy superior á sus años lo que piden entónces los sentidos y los caprichos de la edad, é imperiosamente demandan ya desde léjos las pasiones que se insinúan. Creo verle entre los niños como el pequeño sacerdote de la infancia, rodeado de ciertos respetos, y gozando de ciertas consideraciones que acaso no comprendia. Mil bellos pronósticos andaban tal vez delante de sus pasos, y él acaso no daba uno solo sin justificarlos y robustecerlos.

Trasládomé al Seminario con mi imaginacion inspirada por su virtud, y le veo allí continuar esta carrera pacífica y digna, realizando con su conducta inalterablemente arreglada la idea inexplicablemente grata de un verdadero *seminarista*, es decir: de una piedra escogida para la casa de Dios, colocada incesantemente bajo la mano laboriosa de la gracia, de una semilla católica, preparada y robustecida para que no se acabe nunca, sino ántes bien, crezca y se multiplique la verdad y la virtud entre los hombres: de un verdadero *seminarista*, es decir: de uno que se forma en la escuela del Santo Concilio de Trento, y que lleva sobre los emblemas que adornan su vestidura, las esperanzas vivas de la Iglesia y del Estado: de un verdadero *seminarista*, es decir: de un jóven que en el pulimento de su razón y en el cultivo de su voluntad no anda solo bajo la direccion de un ayo, ni se reduce al círculo de una escuela secular, por muy numerosa que sea, sino que camina siempre entre la historia y la eternidad, trayendo á sus espaldas sesenta siglos de tradiciones augustas, de memorias venerables y de glorias diversas, y teniendo al frente la santidad y la bienaventuranza, como objeto y término de su vasta carrera: de un *seminarista*, es decir: de uno que se incorpora en esa única universalidad católica, constituida sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, y levantada sobre la piedra angular de Jesucristo, donde están todas las verdades y todas las virtudes, y á donde no penetran los errores y los vicios, sino para huir con la reprobacion y el anatema: de un verdadero *seminarista*, de un candidato del sacerdocio, de un levita en el cuerpo de la familia, de un ministro sagrado bajo la accion

del magisterio, de un apóstol en su cuna, de un Pontífice en la escuela de Jesucristo.

Todos aguardaban con impaciencia ver las manos del Pontífice sobre aquella frente limpia; y su advenimiento al sacerdocio no causó la sensación de la sorpresa, sino el indefinible gozo de un deseo felizmente realizado. Un sacerdote, católicos, tiene varios ministerios en la casa de Dios, y el Sr. PORTUGAL, que había de venir con el tiempo á incorporarse en la agusta asamblea de los Pontífices, se preparó á esta vocacion de plenitud con el ejercicio constante del sacro presbiterado. No llevaba sobre sus hombros el destino eterno de una feligresía bajo el título de Párroco, y ya se preparaba, irresistiblemente impelido por el espíritu de su vocacion, al ejercicio de todos los nobles atributos de estos padres de los pueblos. Amigo de las ciencias y del estudio, como el que más, pudo haber quedado satisfecho con ocho años de incesantes trabajos científicos, sostenidos por el celo de la Iglesia, y empleados en formar la juventud, de donde habian de salir los sacerdotes. Pero la caridad, siempre fecunda y siempre expansiva, no sabe restringirse; y por esto, cuando acaba de dejar los libros en su habitacion, y las doctrinas en el espíritu de sus discípulos, recoge como un en punto los ahorros de tiempo que en cada día le proporciona su eficacia, para salir de su colegio á explayar su corazón con los únicos recreos que tiene un verdadero sacerdote, en el íntimo comercio con Dios y la edificacion constante de sus hermanos. La palabra *no me obliga*, jamas posó sobre sus labios. Lleno siempre de caridad y de celo, hallaba siempre en su corazón de padre los preceptos que no encontraba en los decretos de la Iglesia. Ya le veis asistente á las piscinas sagradas para lavar con la sangre del Cordero los pecados del mundo; ya con Jesucristo en las manos para ministrar la vianda de eterna salud en el rico festin del Esposo; ya en la cátedra del Espíritu Santo para repartir el alimento de la doctrina, tronar contra los vicios, exponer á la veneracion pública los misterios de nuestra redencion, encarecer la felicidad de los justos para darles sucesores en la tierra, hablar en favor de la sociedad y en nombre de la religion á esas respetables asambleas, cuyo sufragio solemne habia de formar al magistrado; ya finalmente, para honrar con la elocuencia fúnebre la memoria de los hombres eminentes: es decir, católicos: la predicacion en todos sus aspectos, en todas sus glorias, si queréis.

Fuera de estos ministerios, ¿quién contaría esos otros de que tan inmenso partido saca la familia de Jesucristo? ¿esos que pasan de la palabra al oído; pero que arrancan muchas víctimas á la desgra-

cia y muchos pechos á la desesperacion? Fué pobre, porque estaba destinado á ser el padre de los pobres: tan sublime virtud muy raras veces se forma en la casa del opulento. Pero pobre, sintió muchas veces inundado su corazón con el santo gozo de la limosna. Verdadero sabio según Dios, jamas buscó la medida y el peso material para estimar la virtud: porque su fe siempre viva le enseñaba que una sola gota de agua dada por Jesucristo, valia mas que todos los tesoros de Creso repartidos por la mano estéril de la filantropía. Y pobre, católicos, fué respetado, porque Dios le guardaba para ser el escudo y la égida del sacerdocio en medio de un siglo frívolo. Siempre tenia presente que no llevaban mas de una túnica los vencedores de los Césares, pero bastante ilustrado para originar un escrúpulo en una regla, comprendió los designios sociales del catolicismo, y respetaba en el Illmo. Cabañas lo que un espíritu ménos grande hubiera censurado. Lamentaba sí, como lamenta todo buen católico, las necesidades que han creado los siglos; pero reconocia y predicaba al mismo tiempo, que el sublime carácter nunca habia de encubrirse bajo un brillante modio, sino ensuciosarse á la faz del mundo de todas las grandezas, como dice San Gregorio. La decencia estuvo siempre en su porte y en su casa, como la sabiduría brillaba en su entendimiento, y la virtud se albergaba en su corazón.

Con unos antecedentes tan felices fué promovido á la coadjutoría de los Pontífices, repartida, como bien lo sabéis, en ese respetable cuerpo de pastores de segundo orden, que llevan el nombre de *párrocos*.

¿Qué no podria decirnos, católicos, si escribiendo su historia, mas bien que consagrándole este fúnebre homenaje de admiracion y reconocimiento autorizado por la santa Iglesia, tuviese á mi disposicion el tiempo y el auditorio, para seguirle paso á paso por toda su edificante carrera parroquial? ¡Ah! Yo os haria una pintura fiel de todos sus trabajos y viglias: os manifestaria con trasporte aquel prodigioso incremento de caridad y celo, que le atraía tantas bendiciones de todas partes: os haria notar aquella tierna solicitud por su rebaño, que le fijó siempre en su primera parroquia, desechando los ascensos á donde su mérito reconocido le encumbraba: repasa-

1 En el mismo año, despues de examinado y aprobado, y presentado por el patrono, fué promovido de las cátedras del Seminario á la parroquia de Zapopam.

En 1819, despues de examinado y aprobado, fué presentado por el patrono para el curato de primera clase del Real de los Catorce, que no aceptó por temor de aquel clima excesivamente frio.

Quince años ha que es cura de Zapopam: su residencia en el lugar de su beneficio

ria con trasporte para la gloria de Dios y edificacion vuestra, la dilatada carrera de quince años pasados al frente de su pueblo, empleados en el ejercicio de todas las virtudes que la Santa Iglesia quiere que brillen en los párrocos, sin permitirse ni aun aquellos desahogos concedidos por el Santo Concilio para dar algun tiempo al descanso, rehusando salir del seno de su querida grei, aun con licencia de su Prelado, sino desde aquel dia en que la causa pública, llamándole á otro género de negocios en nombre de la religion y de la patria, ensanchaba el círculo de accion en que habia de ejercitar su celo y su sabiduría. Sin hacer otra cosa que referir sencillamente su historia, estoi seguro que dejaria embelesada vuestra vista con el mas bello cuadro, presentándoos la imágen viva del verdadero padre del pueblo en el *Cura de Zapopam*. Pero, católicos, breve es el tiempo, inagotable la materia; y con haberos hablado del Illmo. Portugal disponiendo su corazon para el clericalo desde su tierna infancia, formándose para sacerdote desde su juventud como seminarista, ejerciendo el ministerio eclesiástico como simple presbítero, y presentando un perfecto dechado en su carrera parroquial á la imitacion de los que llevan sobre sus hombros por este aspecto la Cruz de Jesucristo, apénas he iniciado mi asunto. El grande hombre estaba llamado á la cumbre del sacerdocio, para el ministerio del episcopado. Abriéronse los labios del Senado ilustre de esta Santa Iglesia, corrió la pluma del primer magistrado de la nacion, el *fiat* resonó en los grandes consistorios del Pontífice, y el nombre del Sr. PORTUGAL vino á colocarse, como en su lugar propio, en las mas gloriosas páginas de la historia de la Iglesia mexicana. Ese nombre estaba reservado en los decretos de Dios para dar la vuelta al mundo; porque la reputacion merecida, la mui crecida fama del Pontífice que acabamos de perder, bien sabéis que no estuvieron aprisionadas entre el Pacífico y el Atlántico. Ese nombre está incorporado en nuestra historia contemporánea, que no pudiendo ser el trasunto de la regularidad constante en el órden social, pasará á las venideras generaciones como un cuadro de incesantes y caprichosas vicisitudes para el Estado, y de violentos ata-

ha sido continua, sin interrumpirse jamas, ni con licencia de su Obispo, hasta que fué ocupado en servicio de la causa pública; siempre ha administrado con desinterés las funciones parroquiales: á la par con sus ministros, ha trabajado constantemente en la tarea mas penosa de la cura de almas: con perseverancia ha explicado la moral cristiana, y predicado el Evangelio todos los domingos del año; por último, nunca ha habido contra él queja alguna de parte de ninguno de sus feligreses, ni reconvenccion la mas pequeña de parte de las autoridades eclesiásticas ó de las civiles. (*Relacion citada.*)

ques y enconadas persecuciones para la Iglesia. Preparábasela, como la experiencia nos lo ha enseñado, una época de gran tribulacion, pruebas terribles y crisis funestas; y Dios, que cuando está para recipitar la nieve, prodiga el vellon sobre la piel de las ovejas, para que no vayan á perecer, mandó al infierno que esperase, hasta que el nuevo Pontífice no hubiese tomado posesion de la Iglesia de Michoacan. La Iglesia necesitaba un genio, y este genio fué el Sr. PORTUGAL: la contienda religiosa necesitaba un héroe, y este héroe fué el Sr. PORTUGAL: el movimiento intelectual de las ciencias necesitaba una luz, y esta luz fué el Sr. PORTUGAL: la humanidad afigida por todos los azotes necesitaba un padre, y este padre fué el Sr. PORTUGAL: el entónces presente y futuro clero habia menester de un Pontífice, y este Pontífice fué el Sr. PORTUGAL: el concierto de la justicia y la misericordia exigia una víctima, y esta víctima fué el Sr. PORTUGAL. He aquí, católicos, anunciado el resto de mi asunto, y justificada la sobriedad con que he procedido al tocar los otros puntos de su carrera. Vengamos pues á los vastos pormenores de este conjunto sublime, consagrando un tributo fúnebre y glorioso al mismo tiempo al último Obispo de Michoacan.

Mas al tocar este punto, un torrente de luz inunda mi alma; ideas magnificas circulan por mi mente; sentimientos nobles y generosos hincen mi corazon: el aspecto lúgubre de la muerte desaparece ante las glorias sublimes del pontificado, y el arcano de la resurreccion se personifica en los recuerdos vivos de tantos Pontífices ilustres y de tantos hechos famosos. No, católicos, las glorias de la religion son infinitas, y en el foco de la caridad vienen á recibir todas las acciones inmortales del sacerdocio aquella unidad sublime que no conoce rival en la tierra. Aquí el todo es como la parte, y la parte como el todo, ó para mejor decir, no hai todo ni parte, sino un ser inmenso é indivisible, el pensamiento y el esplendor eterno de Dios, donde vuelven á incorporarse de lleno todas las luces que resplandecen sobre el mundo. La religion, católicos, no reconoce diversidad en los atributos de la gloria: estudia la comunion de los santos, y veréisla resplandecer á la par en los fastos de la misericordia, en las coronas que distribuye la justicia y en los timbres diversos de la celebridad católica. ¡Qué mucho que la elocuencia fúnebre, cuando posa en esta cátedra del Espíritu Santo, sacuda magestuosamente todas las trabas, y se ostente superior al espacio y al tiempo! ¡Qué mucho que, á un golpe dado por la reflexion sobre una vida ilustre, se ilumine por sí toda la cadena tradicional, y que al nombre del ILLMO. PORTUGAL, empiece á correr á nuestra vista por estos atrios venerables la gloria póstuma

de los Quirogas, Calatayud, Tagles, Rochas, Covarrubias, Ramirez de Prado, San Miguel y Morianas! ¡Qué mucho que vengan aquí á retocar su gratitud y su amor con los recuerdos mas sublimes las tribus idólatras convertidas en pueblos católicos á la voz de Quiroga; las costumbres primitivas del cristianismo conservadas como una rica herencia por el espacio de tres siglos en esas comarcas humildes; las artes indígenas perpetuando la sábia y paternal solicitud del primero de nuestros pastores! ¿Dónde podria yo fijar mis ojos, que no viese esculpido el nombre de un benefactor? ¿Cuál de esos monumentos perdurables que desafian el poder de los siglos, no me recuerda un Obispo? ¿Dónde hallaré una sola de las calamidades públicas, en la historia de las tristes vicisitudes de la humanidad afligida, sin encontrar una *mitra* y un *báculo*? ¡Ah! En esta carrera ilustre de merecimientos y de santidad cada vida las representa todas, cada pensamiento corona y prepara todos los pensamientos, cada virtud narra y profetiza todas las virtudes, cada Pontífice, dirélo de una vez, anda entre lo pasado y lo futuro, porque vivé para la eternidad, y la eternidad no conoce estas miserables divisiones del tiempo.

Este pensamiento, hermanos míos, es grande, porque es católico; es sublime, porque es divino; es propio de los hombres eminentes, en cuyas nobles almas no tienen cabida ni la desconfianza ni la envidia, y, ¡ó verdad siempre gata para nuestro corazón! fué tambien el pensamiento, fué tambien el carácter del Sr. PORTUGAL. ¿Quién de todos los que le hayan tratado, no cifraria su gusto en dar de ello un solemne testimonio? Acordáos de su primera pastoral, acordáos de lo que frecuentemente se le oia decir. ¡Y no mas! Acordáos de lo que hizo, cuando, ya revestido con los augustos ornamentos de su dignidad episcopal, enderezaba sus pasos hácia esta basílica. Tomó en sus manos un báculo de madera; pero un báculo que valia mas que el oro y las piedras preciosas: era el báculo de Don Vasco de Quiroga. La comitiva inmensa recibió una de aquellas sensaciones que la historia caracteriza con el título de grandes: anublóse un tanto la frente del nuevo Aaron; rasáronse sus ojos de lágrimas, dejando á cargo de cuatro lustros explicar este rasgo sublime de su vida. Empuñando el báculo el nuevo Pontífice, ataba por sus dos extremidades una cadena de tres siglos, y se inundaba él solo, sin comprenderlo, en el inmenso esplendor del pontificado. Despues acá, bien lo sabéis, todo afirmó aquel hecho, todo justificó aquella gloria.

Admirando en el ILUSTRÍSIMO SEÑOR PORTUGAL todas las virtudes apostólicas, me ceñiré sin embargo, hermanos míos, á decirlos lo que

le fué propio, para que bendigamos á Dios, que todo lo dispone constantemente para su gloria. Como el Sr. Don Vasco de Quiroga, tenia siempre en su corazón esos monumentos vivos de la antigüedad mexicana, esas familias de Jesucristo conservadas por la Iglesia, esas tribus indígenas que vienen á cada paso á figurar en nuestros discursos populares y en nuestros fastos históricos, como una materia fecunda para los libros y para la elocuencia, pero cuya suerte no parece tener otra garantía que la de sus pastores. Como el Señor Tagle, desenvolvió un celo extraordinario en favor de la juventud estudiosa, dándola, por decirlo así, la parte mas florida de su corazón. Como el Señor Don Frai Antonio de San Miguel cultivó con esmero extraordinario la virtud santa de la humildad. Solia recordar muchas veces con aquel entusiasmo grave que le era tan propio, aquel concierto de discrecion en la conducta episcopal, que dando á las condiciones del episcopado el esplendor consiguiénte al carácter social de la Iglesia y al catolicismo del mundo, cultivaba en el silencio de su retiro y de su corazón, como la flor solitaria del desierto, la sublime pobreza de Jesucristo. Mas en este punto, católicos, Dios ha querido darnos en la vida de nuestro Pontífice una lección de sabiduría, que acaso no se ha llegado á comprender. El Illmo. Sr. Obispo penetró dentro de nuestros muros y pasó un tercio de su carrera entre las virtudes eminentes de su corazón y la pompa magnífica del episcopado: á medida que se afirmaba mas y mas en el conocimiento y respeto de la opinion pública, iba quitando, por decirlo así, algunas orlas doradas á la rica vestidura; y cuando mil rudos embates, mil tremendas oleadas tentaron vanamente la firmeza de aquella columna antigua, quedó en pié á la faz de toda la nación con la blancura del mármol y el brillo del capitel. ¡El grande hombre descendió al sepulcro con la sencilla

1 El Seminario de Michoacan ha fijado siempre sin duda la tierna solicitud de los señores Obispos, como uno de los primeros objetos cometidos á su cuidado pastoral; pero en su historia descuellan generalmente dos insignes Prelados, cuyos nombres deben citarse de un modo singularmente honorífico en esa escuela de saber y de virtudes, que ha dado tanta gloria á la Santa Iglesia mexicana. Estos nombres son el del Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Anselmo Sánchez de Tagle de gloriosa y respetable memoria, fundador de nuestro Colegio Seminario, y el Illmo. Sr. Portugal, que, dándole un incremento de primer orden con toda clase de proteccion, le elevó al rango que hoy tiene. A él pertenece toda la historia del establecimiento referido desde el año de 1831 hasta el de 1850. No hago una mención particular de todo lo conducente, por haber dado ya al público un opúsculo histórico que puede consultarse, y corre bajo el título de "*Memoria instructiva sobre el origen, progresos y estado actual de la enseñanza y educacion secundaria en el Seminario tridentino de Morelia.*"

vertidura de la gloria y la corona que Dios había puesto sobre sus sienes!

Como todos sus predecesores, fué siempre el ángel del consuelo y de la esperanza: sus labios vertían por todas partes la doctrina, sus manos el pan, y su ministerio la Sangre de Jesucristo en favor de la inocencia y del arrepentimiento. Sumo sacerdote, como canta la Iglesia, le vimos siempre resplandecer en todos sus atributos sublimes, mostrándose como el escogido de Dios en el dilatado curso de su pontificado, acrisolando su virtud en todas las pruebas, é interponiéndose todos los días, como una víctima de expiación, entre la justicia irritada y los pecados del mundo. *Sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus et justus, et in tempore iracundie factus et reconciliatio.*

Considerado principalmente bajo este último carácter, ¿qué no podría decirnos, católicos? Acordáos de los años eternamente memorables de 1833 y 1847, de aquellos tiempos de tinieblas y de llanto, que vinieron á anublar el bello día sobre las cúpulas de nuestros templos; de esas eras de frenesí, que parecían echar á torrentes el plomo sobre el corazón atribulado de los mexicanos católicos; de aquellos instantes funestos, en que la seducción del siglo quería tentar hasta á los predestinados, y en que la bandera del cisma, encubriendo su negrura bajo mil bellas apariencias, paseaba tremolando de ciudad en ciudad y de puerto á puerto por toda la república mexicana; de aquel tremendo aunque tosco resumen del siglo XVIII en los parlamentos y en la prensa del país; de aquella incesante agitación en que no se contaba con el siguiente día ni para la religión ni para la patria, y en que, para servirme aquí de una frase de uno de nuestros sabios, todas las Iglesias de México volvían los ojos á Michoacan, como á Meaux las de Francia en tiempo de Bossuet, <sup>1</sup> ó á Hipona las del mundo en la era de Agustín.

Verdad es, que aun en tiempos pacíficos, terrible carga es el episcopado, pues nunca deja el pastor de hallar la mas amplia materia para su celo en el rudo y continuo ataque de los enemigos de nuestras almas; pero al fin, los trabajos parecen suavizarse bajo el inalterable concierto de las dos potestades, sin que el pastor haya menester de luchar á la diestra contra las pasiones, y á la siniestra contra la impiedad. Lo que hai de mas terrible, católicos, es el debate de la Iglesia con el Estado, porque estos son los lances en que la moral del pueblo corre todos los peligros. Para estos casos

<sup>1</sup> Debo esta bella observación á mi correspondencia epistolar con el M. R. P. Fr. Manuel de San Juan Crisóstomo, (NAJERA). No se podía dar una mas feliz aplicación en México al célebre pensamiento de Maury en el panegírico de S. Agustín.

principalmente quería en sus hermanos toda la fortaleza de Dios el Apóstol de las gentes. "No se trata ya de contender, decia, contra la carne y contra la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los que rigen en las tinieblas el destino de las naciones." *Non est nobis collectatio adversus carnem et sanguinem; sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum.*<sup>1</sup> La triste historia de nuestros desaciertos políticos, electrizando todos los ánimos con el estrepitoso clamoré de todas las pasiones, reservaba tambien esta gloria para el digno Pontífice que lloramos.

¿Quién recordará sin la mas viva emoción, sin abandonarse á los trasportes inefables de un entusiasmo sublime, aquella actitud impo- nente, noble y magestuosa con que se presentaba el ILLMO. SR. PORTUGAL cada vez que empezaba á tronar la tempestad política sobre la Iglesia mexicana? El celo por la gloria de Dios se hacia visible en su frente, y la santa resignación al martirio se albergaba tranquila en su corazón. Todos le vimos llorar cuando los achaques de la naturaleza detenían sus piés y su pluma, siempre habituados á moverse para el provecho espiritual de esta dilatada grei; mas nadie le vió verter una lágrima, cuando con aquella dignidad que le era tan propia, resistía los duros embates de la persecución anticlerical. Siempre alerta para no ser sorprendido, siempre fuerte para no ser intimidado, siempre animoso para no desfallecer, le vimos admirados luchar con fe y con esperanza, y, todavía mas sorprendidos, hacer temblar con su prudencia la astucia cautelosa con que se le tentaba. Jamas comprometió el reposo público, jamas transigió con las tentativas del poder: prudentes evasivas, contestaciones sóbrias, respuestas oportunas, representaciones enérgicas, protestas decisivas: he aquí los brillantes promeritos de aquella inimitable táctica con que lleno del Espíritu Santo sostenía siempre los combates del Señor, como le aconsejaba la Escritura Santa: *Preliare praelia Domini.*

Ya no me admiro, católicos, de haber visto consagrada en el respeto de toda la nación la persona de este ilustre Prelado: no me sorprende que su solo nombre haya valido un ejército poderoso á la Iglesia de México, ni me maravilla, por último, que esta carrera no interrumpida de triunfos haya levantado su firma hasta el rango de un poder social. Sí, católicos: esta firma era decisiva, porque llevaba la representación tácita de todas las luces, de todos los respetos y de todas las virtudes. La historia contará un día cómo se

<sup>1</sup> Ephes. cap. VI, v. 12. Véase la Biblia de Sionet en este lugar.

desentonó la elocuencia parlamentaria para proscribirle; pero no ocultará nunca cómo el anatema de la opinion pública selló los labios del acusador, hizo caer la pluma de los dedos del magnate, y sin ofender en manera alguna los derechos del César, se opuso entre los templos y los palacios para que no fueran sacrilegamente conculcados los derechos del Dios vivo; que el problema social fué completamente resuelto en favor de la Iglesia, y el nombre de nuestro Pontífice pasó el Atlántico y volvió á México cargado con todos los honores que podía merecer al Padre comun de la Iglesia universal una de las mas insignes reputaciones del mundo. El gran Pio IX, este Pontífice que por un concurso extraordinario de circunstancias, únicas tal vez en los fastos de la historia moderna, llegó á reunir en su persona sagrada con las bendiciones del cielo todas las glorias que puede ofrecer la tierra, ratificó la conducta de nuestro Prelado durante la época referida de una manera tan delicada y tan sublime, que hubiera llenado de honor, no lo dudéis, á la Aguila de Meaux y al Cisne de Cambrai.<sup>1</sup> Preciso era que tal aconteciese, pues todavía recordamos haberle oido decir, que se cubría de vergüenza cuando leía la vida de esos grandes Pontífices, y nadie ignora que Dios Nuestro Señor resiste á los soberbios y cifra su complacencia toda en exaltar á los humildes hasta la altura de los cielos.

Y qué, ¿tendré que reducirme á esto solo, cuando se trata de referir las glorias con que Dios quiso ilustrar el nombre de nuestro último Prelado? Voi á publicar desde esta cátedra, para la gloria de Dios, honor y prez eterno de nuestra Santa Iglesia Michoacana, lo que no saben todos, y todos deben saber. El Sr. PORTUGAL estaba predestinado en el pecho de Pio IX para ser el primer Cardenal de las Américas españolas, y no sé si diga tambien del Nuevo-Mundo.<sup>2</sup>

¡Qué perspectiva, católicos, de felicidad y de gloria para esta Santa Iglesia de Michoacan! Tres siglos han pasado desde que México es católica, desde que el Nuevo-Mundo todo se ha incorporado en el reino de Jesucristo; y durante estos tres siglos, ¡qué de triunfos para la religion! ¡qué de glorias para la Iglesia! ¡cuántos sabios de primer orden! ¡cuántos obispos que hubieran honrado con su

<sup>1</sup> Alude á una honrosísima comunicacion que N. Smo. Padre Pio IX le dirigió de Roma, con motivo de su Protesta contra la lei de 11 de Enero de 1847. Dicha comunicacion corre impresa en el onaderno que publicó el M. I. y V. Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral, titulado: *Honras fúnebres del Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano Portugal, Obispo de Michoacan.*

<sup>2</sup> Véase la nota de la página 430.

presencia la primera corte del mundo! ¡cuántos nombres consagrados en el culto de las letras, legados á la historia del espíritu humano por el esplendor siempre vivo del genio, de la sabiduria y de la virtud! Las Casas, Zumárragas, Quirogas, Granados, Palafoxes, San Fermín, Alcaldes, Cabañas, Portillos, Maneiros, Alegres, Abades, vosotros pertenecéis á esta noble y digna categoría que ha fijado las miradas de Roma sobre los Belarminos, Baronios, Cisneros, La Lucerne, Gerdiles y tantos otros: mas vosotros pasasteis de la gloria de las virtudes y de las letras á la gloria inmortal de la religion, sin haber oido sonar aun la hora en que la púrpura romana pasaria el Atlántico, para venir á honrar á las naciones del Nuevo-Mundo. ¡Qué sensacion, católicos, aquella que nos advirtió del gozo, de la sorpresa, de la admiracion que experimentaron nuestras almas desde el instante mismo en que recibimos al oído por la via reservada esta grave noticia! ¡Qué agitacion la nuestra en la impaciente expectativa de su confirmacion! ¡Qué de pensamientos bellos, y cuántas conjeturas! Las ideas de la religion venian á confirmarnos á cada paso mas y mas en esta grata esperanza, y la imaginacion, que siempre se anticipa, la imaginacion; que ni teme ni calcula, la imaginacion, que sueña en la realidad mientras forma sus bellas ilusiones, pareció adunarse con la sensibilidad para no vacilar ni un instante. Nosotros íbamos á ser eminentemente honrados en la sublime condecoracion de nuestro Pontífice, y Michoacan entraba ya en posesion de este primado de honor en la existencia de un Cardenal mexicano.

¡O Santa Iglesia de Michoacan! ¡A tí estaba reservada tan insigné gloria! ¡Tú habias de llevar á la faz del orbe este bello timbre en la historia de la grandeza de nuestros Pontífices! A la hora presente la púrpura romana debia recorrer magestuosamente tus atrios augustos, y el venerable nombre de tu Esposo poseer el derecho de entrar en la urna sublime donde se revuelven con los votos del Conclave los destinos de todo el mundo católico! ¡A tí se hubieran convertido en estos dias las miradas atónitas de esta ilustré nacion al verte consagrar en tu reconocimiento la munificencia incomparable del ínclito Pio IX! ¡Hoi tal vez magníficos preparativos ocuparían á todos tus hijos, para celebrar dignamente un suceso tan glorioso! Arcos de triunfo se habrian erigido por todas partes; y la magnificencia del regocijo público se hubiera excedido en tan bello dia, para saludar al *Eminentísimo Sr. Portugal* entre mil festivas aclamaciones, en medio de los trasportes mas vivos del entusiasmo inspirado por la gloria, con toda la pompa de las bellas artes, con todas las gracias de la naturaleza, con los encumbrados

acentos de la elocuencia y los encantos indefinibles de la poesía. Hoi tal vez... en estos mismos instantes... en medio de esta misma concurrencia... dentro de estos muros sagrados....

¿A dónde voi, católicos? ¿Quién explicará estos misterios de la imaginacion? Yo hablaba de regocijos públicos, y me hallo en el santuario de la muerte: me embelesaba con primorosos cuadros, y tengo á mi vista una pira: perseguia inquieto un brillante cúmulo de ilusiones al través del porvenir, y me encuentro frente á frente de la eternidad: el entusiasmo me enagenaba, y sorprendo en mi alma el dolor..... ¡O muerte, fidelísima para Dios, é importuna siempre para los hombres! Llamaste á la puerta de ese Palacio, y arrebataste cruelmente de en medio de nosotros y nuestras esperanzas al hombre que las alimentaba con la imágen bellísima de la gloria. Tú tenias levantado el brazo, miéntras nuestro pensamiento corria con afán: pronunciaste el tremendo *hasta aquí*; y desde las torres de nuestros templos el eco imponente de tu voz inflexible vino á helar la sangre en nuestras venas, y á echar una pesadumbre inmensa sobre nuestro corazon atribulado!..... ¡Ah! católicos, es preciso desengañarse! Todo lo que el tiempo mide y la muerte destruye, cuanto no sea capaz de atravesar la tumba, reinar en los cielos y vivir en la eternidad, debe salir al instante de nuestro corazon. Si el hombre merece la pena eterna por sus pecados, no sé deciros qué merecerá por adherirse con tan loco frenesí á las cosas de este mundo, por colocarse al lado de las ilusiones contra el poder terrible de la realidad, por alzarse rebelde contra tantos y tantos desengaños de la vida, para perseguir sin obstáculos esa deidad encantada, ese símbolo de todas las falsías, esa felicidad impostora que, fascinando la vista y embriagando el corazon, arrastra á las generaciones al abismo por desfiladeros de sepulcros!

¡Dichosa tú, alma escogida y predilecta, que cerraste las puertas del corazon á las avenidas tristes de las pasiones durante la auro-ra primera de tu vida; que te horrorizaste del vicio ántes de sentir sus funestros estragos; que te apasionaste de la verdad santa cuando la voz de una filosofía corruptora no habia venido aun á tentar tu reposado genio é incomparable juicio! ¡Dichoso tú, Pontífice grande, que, profundamente penetrado del carácter de la sabiduría, levantaste dos tabernáculos en tu espíritu, para que nunca saliesen de allí en pos de una morada mas digna el temor y el amor, consagrados en la primera de todas las leyes por la palabra de aquel Ser incomprendible por quien es cuanto existe, y el único á quien toca por derecho el honor, la grandeza y la gloria! Dichoso tú, modelo de los sabios, que, recogiendo en tu alma todas las glorias,

recorriendo en tu vasta carrera todos los teatros, haciendo admirar el poder de tu dialéctica en las nobles contiendas de la tribuna, tu dominio en las ciencias al frente de la juventud estudiosa, tu elocuencia triunfadora en las grandes crisis de la patria, y no queriendo jamas transigir con las insinuaciones brillantes de la celebridad del siglo, las despediste siempre de los umbrales de tu hogar pacífico al volver de los afanes no interrumpidos de tu vida social! ¡Dichoso tú, que siempre adicto á las lecciones del Sabio, simpatizabas con el dolor y la miseria, y huiste siempre de la opulencia y el fausto: jamas te presentaste á los festines del regocijo; pero no rehusaste nunca tu presencia á los asilos del dolor! ¡Ah! Tú eras el único que ignoraba la grandeza futura que venia á oprimir tu inalterable modestia, y grande beneficio fué para tu alma el cultivar hasta sus últimos términos aquella virtud sublime que encadenó la naturaleza bajo el yugo de todas las penas y bajo el poder indómito de los mas terribles dolores! ¡Dichoso tú, que, habiendo descendido á la tumba sin tener motivo para volver tus miradas á la vida, pues cuanto poseias podia pasar contigo, hiciste la travesía misteriosa á la benéfica luz de la misericordia divina, en medio de tus ángeles custodios y de tus virtudes eminentes!

¡Gran Dios, que, proscribiendo del alma los temerarios juicios, levantando los sentimientos de misericordia y de bondad al rango de las primeras virtudes, y preparando insignes recompensas para los que aman á sus padres y á su prójimo, no condenáis nunca, sino favorecéis mas bien estas conjeturas felices con que apoyamos nuestros juicios sobre la bienaventuranza de aquellos que han vivido conforme á vuestra lei, ratificad lo que he dicho, llevando al sagrado de vuestros tabernáculos divinos el alma de este Pontífice, que vivió siempre de la fe, predicó vuestra palabra y promovió vuestra gloria! Dad, Señor, á esta Santa Iglesia un esplendor mas verdadero, mas lucido y permanente que el que sobre ella podian derramar un Capelo y aun una Tiara. Dadnos, Señor, la ratificacion sublime que decide para siempre de la suerte feliz de los que han salido de la vida: dadnos á todos nuestro fin último: á nosotros tu amor constante miéntras respiremos, y al amado Pastor que acabamos de perder, el eterno descanso reservado solo para esas almas escogidas que te han de ver y gozar por los siglos de los siglos.